

apasionadamente; despues de lo cual, caia de nuevo en el divan tan rendida como si hubiera hecho los mayores esfuerzos.

Algunas veces rogaba á Felicia que se pusiese al piano y que le cantase, acompañándose, alguna de sus melodías favoritas.

Yo la veia, en tanto que la música duraba, sumergirse poco á poco en un sueño profundo, y cerrar los párpados, agobiados con la pesadez de aquella atmósfera cargada de perfumes.

Cuando la cancion terminaba, la señora de Sandoval dormia de la manera más apacible y sosegada.

Algunas tardes saliamos á paseo, pero eran las ménos, porque á mi abuela le eran igualmente insoportables el frio, el calor, el sol y el viento, y se moria de fatiga fuera de su nebuloso gabinete.

Cuando las instancias de mi aya la sacaban de casa, se dormia en el carruaje, bajo el velo de blonda blanca de su sombrero.

Entre tanto, su marido derrochaba sumas enormes en toda clase de desórdenes, que cubria cuidadosamente con el perfumado cendal de la decencia y del decoro.

Mi abuela nada veia, nada podia ver, subyugada, alelada, por decirlo así, bajo el influjo infernal de su marido, que se separaba muy poco de su lado, y que le abrumaba á fuerza de caricias y de protestas de amor.

### III.

#### MI ESPEJO.

Entre la figura triste de mi madrastra y la figura soñolienta de mi abuela, se deslizaron seis años.

Llegué á los doce de mi edad y á la época de mi primera comunión.

Ademas de las lecturas que tenía con mi aya, fué el señor cura de San Luis el encargado de prepararme.

Yo estaba dominada aquel dia por tal aturdimiento, que se acercaba al idiotismo, y voy á decir por qué.

Mi madrastra me habia persuadido de que el acto que iba á tener lugar era uno de los más importantes de la vida.

Mi abuela, cuya parte religiosa habia sufrido notables alteraciones con el contacto del cinismo de su marido, cinismo que no se mostraba, pero que se notaba y se respiraba junto á él, hablaba con mucha indiferencia y se lamentaba de que se me hubiese hecho madrugár tanto.

Lo mismo que en aquella ocasion me sucedia en todas las demas de la vida.

Yo no tenía ideas fijas acerca de nada, sino todas exageradas, ya por lo que toca al bien, ya por lo que respecta al mal; en una edad tan tierna, vivir entre dos caracteres extremos, era lo peor que pudiera haberme acontecido.

Así es que mi carácter, aunque naturalmente pláci-

do y bueno, presentaba las más extrañas alternativas.

Ora me asaltaba una melancolía profunda y lloraba, sin saber la causa, durante horas enteras.

Ora tenía raptos de loca alegría, reía y cantaba, como si me embriagase mi propia vida y el exceso de mis aspiraciones y de mi felicidad.

Yo conocía todos los extremos: lo que me era absolutamente desconocido era la templanza, la moderación y la humildad.

Empecé á amar el lujo locamente, y esta afición, no era sólo mi abuela quien la fomentaba, sino aún más su esposo, que me manifestaba el más tierno cariño.

Siempre que me hallaba sola con él—que era las más veces que él podía conseguirlo—me hablaba de la brillante suerte que me estaba reservada en el mundo, por mi belleza, mi opulencia, mi talento y mi esmerada educación; pues debo decir que desde que cumplí ocho años, época en que se juzgó que yo los podría aprovechar, se me buscaron toda clase de maestros.

Aprendí la Música, la Pintura, el Francés, el Inglés, el Italiano, la Historia y la Geografía.

Dotada de un espíritu analítico y de un carácter observador, á pesar de que no se perdonaba ningún medio por mi abuela y su marido para hacerme frívola; animada y ayudada por mi aya, cuya clara comprensión era como la antorcha que me alumbraba en mis estudios, pensaba y razonaba con ella, meditaba y comparaba los idiomas y los principios de los diferentes autores, y sacaba mucho más partido del que es comun en las jóvenes de mi edad.

Conociendo Felicia que en mi alma empezaba á levantarse la ambición y la vanidad, apresuró, con la anuencia de la Condesa, la época de mi primera comunión, pensando—y no sin razón—que aquel pan del alma aplacaría todas las dudas y todas las tempestades.

En efecto, después de la comunión quedé mucho más tranquila, y los humos de mi vanidad se disiparon algún tanto.

Llegaba yo á los quince años, cuando un día fuí á ponerme el sombrero delante del espejo para ir á casa de mi abuela, y me hallé tan bella, que no pude detener un grito de admiración.

—¿Qué es eso? preguntó mi aya asustada, creyendo que me ponía mala.

—¡Ay, aya mía! exclamé sencillamente: ¡yo no creía ser tan bonita!

—Pues qué, mi querida Valeria, no se ha mirado usted nunca al espejo? dijo Felicia; todos los días la peina á V. la doncella delante de él.

—¡Creo que hasta hoy me he mirado sin verme!

—¿Y hoy se halla V. bonita?

—¡Sí, aya mía! á tí te lo confieso, respondí llena de gozo.

Y volví á echar otra mirada á la complaciente luna, que me enseñaba mi figura.

Allí me vi, bajo la forma de una jovencita delicada y esbelta, llena de gracia y de distinción: mi estatura era algo más que baja, pero no pasaba mucho de mediana: era delgada, según convenía á mi tierna edad; tenía los cabellos sedosos, dorados y muy abundantes, y los

ojos muy grandes y de un negro afelpado; negras tambien eran mis cejas y mis pestañas, lo que daba á mi belleza un carácter particular y casi deslumbrador.

Mi boquita, guarnecida de menudos dientes; mi nariz, pequeña y delicada; mi barba, pequeña tambien y adornada de un gracioso hoyuelo, tenían una suavidad encantadora y una gracia admirable.

En cuanto á mi talle, á mi cuello, á mis brazos, á mis manos, no se podia suponer ni pedir mayor perfeccion en una jóven de mi edad, cuyo aspecto era enteramente infantil.

Aun me estaba mirando absorta, cuando oí entrar al esposo de mi abuela, porque siempre llegaba cantando, á pesar de su exquisita educacion.

El señor de Sandoval no habia tenido reparo alguno de entrar en la casa donde habitaba la mujer que tanto le habia amado.

Es verdad que jamas pudo ver ni aún su sombra; porque las habitaciones de la Condesa, muy separadas del resto de la casa, hasta tenían otra puerta para entrar y salir, y el Coronel entraba por la puerta principal, y subia derecho á la habitacion que yo ocupaba con mi aya.

Se inclinó ceremoniosamente ante Felicia, con la cual estaba muy resentido, pues á pesar de una persecucion indirecta, durante dos ó tres años, no habia podido conseguir de ella otra cosa que desdenes y severidad.

Luégo se acercó á mí, me tomó la cabeza y me besó en la frente, segun su costumbre.

Yo habia acabado por amar á aquel hombre brillante,

seductor, afectuoso, que reunia todos los encantos y todas las gracias.

Era para mí tan tierno, cariñoso é indulgente, cuanto mi padre indiferente y frio.

Se prestaba á todos mis caprichos, se doblegaba á cuanto ya queria y era mi consejero y mi amigo.

Para que yo le amase y tuviese en él confianza, no influa poco el entusiasmo con que mi inocente y bondadosa abuela me hablaba de él: para la señora de Sandoval su marido era el *non plus ultra* de todo lo bueno que Dios concede á la humanidad.

— Hija mia, me decia algunas veces; para cuando te cases, sólo pido á Dios que te conceda un esposo como el mio: no comprendo el matrimonio sin un amor exaltado y lleno de ilusiones; no comprendo en el esposo al marido, si no al amante; es decir, al hombre que, léjos de abusar de su autoridad, se convierte en el primer adorador de su mujer y en el más galante de todos los que la rodean; un esposo así para tí es lo que deseo, continuaba mi abuela, y un esposo así tienes el derecho de encontrar, como lo han sido los dos que me ha concedido el cielo.

La señora de Sandoval, fatigada con este largo razonamiento, se recostaba en su sillón, como abrumada de cansancio, y yo, sentada á sus piés, me ponía á meditar sobre el bello tema de la pasion conyugal que aquellas teorías desarrollaban ante mis ojos.

— Querida Valeria, dijo el Coronel despues de haberme abrazado; tu madre me ha encargado que venga á decirte que esta noche ha de tener lugar una cosa así

como el programa de tu aparición en el mundo, y que al efecto te llevamos al teatro.

Yo había vivido hasta entonces tan retirada y tan sin pensar en que hubiera diversiones, que esta noticia me asombró.

—Caballero, observó Felicia, yo creo que la señorita Valeria es aún muy joven para que se piense en presentarla en la sociedad.

— Señora, repuso el Coronel, Valeria tiene ya quince años y medio; de esa edad se casó su madre; además el sábado próximo da un baile el embajador de Inglaterra, y se la va á llevar á él.

—¡Ah, exclamé yo, voy á ir á un baile! ¡Qué placer!

—Sí, hija mía, dijo Sandoval, ya tienes encargado á París el traje.

—Pero señor, volvió á observar Felicia con entereza, creo que para todo eso se debería consultar al señor Conde, padre de la señorita.

—¿Acaso se cuida para nada su padre de ella? preguntó Sandoval con su insolente risa. ¡Sus verdaderos padres somos mi mujer... y yo!

Mi aya me confesó, algún tiempo después, que el modo con que pronunció Sandoval esta última palabra la hizo estremecer.

—Mandarémos á buscar á Valeria con María de Jesus, dijo el Coronel; V., señora, no tiene que molestar-se por esta noche; vístala V. elegante pero sencilla; la sencillez es de buen gusto en una joven.

Volvió á besarme y salió.

Yo me volví á mirar á Felicia, para hacerla participe de mi alegría, y la vi pálida y triste.

Esto me irritó.

Creí que sentía que me llevasen á una diversion, y hasta achaqué su pena á miserable envidia porque no habían contado con ella.

¡Cómo me engañaba, y cuán injusta era con aquella noble mujer!

Ella me miró tristemente; cualquiera hubiera dicho que leía en mi corazón.

Ocupóse en buscar, entre mi numeroso guardaropa un traje bonito y sencillo; creyó que uno blanco era el que mejor reunía estas dos circunstancias, y me propuso uno de gasa, adornado de lazos celestes, que sólo me había puesto una vez.

Acepté, porque me parecía muy lindo.

Quise que se llamara á un peluquero, quien lució toda su habilidad en mi cabeza, asegurando que era la más bonita que había visto en toda su vida; la cubrió de espesos rizos rubios, que ordenó artísticamente alrededor de mi frente, como una espléndida corona de oro.

Mi doncella y Felicia me vistieron después, y, cuando estuve ataviada volví delante de mi espejo.

Esta vez no pude lanzar grito alguno, porque quedé petrificada de admiración.

Era el traje de manga corta y dejaba ver mis brazos, de una frescura y pureza de dibujo maravillosas.

Aunque el escote era modesto, dejaba ver también mi

garganta y mis hombros torneados y redondos, blancos aquélla y éstos como el mármol.

Mi espejo me representaba encantadora, bella como una de esas jóvenes que ha creado el aristocrático buril de Lawrence, el poeta del acero.

Apénas terminaba mi tocador abrochando mis guantes blancos, que llegaban hasta medio brazo, cuando apareció en la puerta María de Jesus.

— ¡Dios bueno, niña mia! ¡Qué hermosa estás! exclamó uniendo sus manos con el entusiasmo propio de las mujeres de color. ¡Si me pareces una Virgen bajada del cielo! ¡Niña Elena al verte va á volverse loca! Niña Felicia, añadió volviéndose á mi aya, no ponga V. á niña Valeria ninguna alhaja, porque la está esperando un collar que vale ochenta mil duros y que tiene el retrato de su madre.

— ¡Un collar de tal valor para una niña! murmuró mi aya.

— Y qué, ¿no se merece más este ramito de azucenas y de claveles? exclamó la negra. Señor, ¡si es más hermosa que su madre, y se arrodillaban los negros delante de ella, cuando iba por la calle!

Yo dí á mi espejo la última mirada.

— ¡Cómo amaba á mi espejo, y qué dulces cosas me decía éste!

Salí casi sin despedirme de mi aya, tal era mi preocupación.

Ella me abrazó tiernamente, y murmuró á mi oído, con la voz alterada por las lágrimas:

— Es la primera vez que la separan á V. de mí, hija mia: quizá tratan de romper los dulces lazos que nos unen. ¡Quiera Dios que no le cueste á V. esta noche muchas y amargas lágrimas!

## IV.

## EL TEATRO.

Subí al coche con María de Jesus: durante el camino la negra se entregó á todas las exageraciones imaginables, con respecto á mi persona, y debo confesarlo para vergüenza mia, me agradaban mucho más sus visibles adulaciones que el lenguaje digno y grave de mi aya.

Cuando llegamos á casa de mi abuela, terminaba ésta su tocador.

Contaba cerca de cuarenta y siete años, y aunque aún estaba fresca y bella, su obesidad alejaba ya toda idea de pretensiones.

Sin embargo, vestía ricamente y con un gusto exquisito, pues confeccionaba sus trajes una aristocrática é inteligente modista francesa.

Llevaba un traje de raso lila con exquisitos encajes blancos, que adornando también el cuerpo, se recogían en el pecho y en los hombros con lazos de brillantes.

Sobre su cabellera, negra y luciente, brillaban también algunos diamantes, de un tamaño extraordinario, entre una guirnalda de follaje verde, adorno sencillo

que decia de una manera admirable con el carácter de aquella bella cabeza, tan espléndida y majestuosa.

Si á mí me pareció bella mi abuela, el entusiasmo de ésta no conoció límites al verme á mí.

Me tomó de la mano y me acercó á las bujías, dándome vueltas con un pasmo mezclado de alegría, y dejando escapar exclamaciones de admiración.

— ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué hermosa es! decia: ¡Toda se parece á su madre, tan dulce, tan angelical, tan buena! ¡Hija mia, tú mereces todos los tesoros de la tierra por tu hermosura y tu riqueza, porque tú eres muy opulenta, hija mia, y precisamente serás dichosa!

— Valeria no debe contentarse con un hombre cualquiera, observó Sandoval; es la estrella que va á brillar radiosa y deslumbradora en el gran mundo; debe exigir belleza, distincion, unos modales exquisitos y sobre todo mucho amor!

— ¡Sí, sí, exclamó su esposa entusiasmada: una adoración sin límites! Pero vamos, hija mia, prosiguió, que ya es tarde; vén á que te ponga el collar que te tengo preparado, es el que llevó tu madre el día que la presenté en el mundo; despues le guardé religiosamente como un recuerdo de las dulces emociones que experimenté aquel día.

Hablando así, mi abuela sacó de un estuche de terciopelo un soberbio collar de perlas, de un tamaño y de una pureza extraordinaria, del que pendia un pequeño medallón de oro guarnecido igualmente de perlas.

Yo le abrí y hallé dentro un rizo de cabellos rubios.

— Son de tu madre, me dijo la señora de Sandoval.

tenía los cabellos del mismo color y tan hermosos como tú; esa joya es tuya, guárdala hija mia, ya que no te permiten entrar en el cuarto que ella ocupaba.

Estas palabras me chocaron mucho.

— ¡Qué! exclamé; ¿ha vivido mi madre en la misma casa que habitamos?

— Sí, hija mia, su habitación se conserva del mismo modo; pero tu padre guarda la llave de ella: es un respeto el que profesa á su memoria, que me admira sobre manera haya conservado; pero dejemos esto y vamos al teatro, que ya es hora.

## V.

## EN LA ÓPERA.

Llegamos al régio coliseo, donde mi abuela estaba abonada á un palco entresuelo, al cual no iba nunca, ocupándole sólo su marido con algun amigo, las noches que le parecia.

En cuanto á mi abuela, preferia dormir en su lecho de raso azul y tomar tazas y más tazas de café, ántes que vestirse y molestarse, á pesar de que amaba la música con pasión.

Al entrar, la vista del coliseo me deslumbró.

Las joyas y la profusion de luces formaban ante mis ojos una nube de cambiantes deslumbradores.

Bien pronto vi asestados á mí todos los gemelos de

los espectadores y sorprendí muchos ademanes de admiración.

Mi abuela se sentó en el sitio preferente, y yo al otro lado del palco; Sandoval se colocó detrás de mí.

—¡Dios mío, que hermoso es esto, mamá, exclamé: qué lástima que no haya venido mi aya!

—Amor mío, repuso mi abuela: tu aya haría aquí mal efecto, y más estando yo; tu papá Ernesto, que ya sabes es un modelo de gusto exquisito y de elegancia, dice que ya es preciso que salgas alguna vez sin ella.

Yo no supe qué contestar á estas palabras; pero, sin saber por qué, me pusieron muy triste.

Una voz interior me decia que se me queria separar de aquella noble mujer, que me amaba tan tiernamente y que me tenía dadas tan eficaces pruebas de interés.

Algunas frases que oí en un palco inmediato y en las butacas inmediatas á la orquesta me distrajeron.

—Esa señora gruesa y que aún conserva señales de hermosura, es la que llaman *la bella americana*, dijo un caballero de edad madura que se hallaba con otros en un palco situado á mi espalda: esa hermosísima niña es nieta suya.

—Verdaderamente es un prodigio de belleza y de gracia. Pero ¿cómo, teniendo una nieta de esa edad, es tan jóven esa dama?

—Ya sabe V. que en Cuba las jóvenes se casan á los trece y catorce años; de esa edad debió casarse también su hija, y no dé mucha más se casará la nieta, porque la va á rodear desde hoy una nube de pretendientes.

—Lo creo, repuso el otro caballero, porque he oído decir que tiene todas las ventajas.

—Absolutamente todas, amigo mío; su familia es muy ilustre; es preciosa y tan rica que se la cree una de las herederas más opulentas de España.

Poco despues oí estas palabras en las butacas:

—¡Qué preciosa criatura!

—¡Es una sílfide!

—¡Qué gracia, qué candor!

—Ella oscurece á todas las demas mujeres que hay esta noche en la ópera.

—¡Mire V. con qué rencor le asestan todas los gemelos!

Me volví á mirar: en efecto, todos los gemelos estaban dirigidos á mí.

Empezó la ópera; y yo, que adoraba la música, lo olvidé todo para extasiarme escuchándola.

Era una de las más bellas obras de Donizetti.

No bien cayó el telon, se abrió la puerta de nuestro palco, y vi entrar á un jóven.

—¡Ah, querido Conde! exclamó mi abuela presentándole la mano. ¡Al fin ha cumplido su palabra! No me extraña esta exactitud, pero sí aseguro á V. que no la esperaba.

Volviéndose luégo á mí, me lo presentó y me dijo:

—Hija mia, el señor conde de Rio-Claro, que ha llegado de París hace quince dias, y que cuento ya con placer en el número de nuestros mejores amigos.

Y presentándome á él, añadió:

—Esta es mi nieta, la señorita Valeria de los Valles.

Rio-Claro se inclinó profunda y respetuosamente. Sandoval fué á saludar á algunas señoras conocidas, y nosotras quedamos solas con el Conde.

Mi abuela, que era bastante frívola, se puso á mirar á todas las señoras de los palcos, inspeccionando sus trajes, que miraba con curiosidad; y el Conde y yo quedamos en completa libertad.

Era un jóven que apenas llegaba á los veinte y cinco años, más alto que bajo, ligeramente pálido, flexible, elegante; sus rasgados ojos pardos, llenos de luz, estaban tambien llenos de dulzura; su boca, que sonreía con frecuencia, enseñaba por debajo de su fino y rizado bigote dos sartas de dientes blancos é iguales como perlas; su nariz era recta, noble, delicada; vestía con exquisito buen gusto y elegancia, si bien con gran naturalidad.

Una sedosa y abundante cabellera se rizaba con una gracia sencilla y fácil, por decirlo así, alrededor de su frente.

A pesar de esta apariencia de dulzura, había en aquel bello semblante una altivez soberana, aunque templada por una gracia indescriptible.

Su voz era tan dulce que su eco cautivaba de una manera irresistible.

Se inclinó hácia mí y me preguntó con una timidez del mejor gusto, por lo que distaba del atrevimiento vulgar, tan comun á los jóvenes:

—¿Le agrada á V. la música, señorita?

—Mucho, le respondí, y sobre todo la de Donizetti.

—¿De modo que podemos esperar ver á V. con alguna frecuencia?

— Yo no lo sé, caballero, respondí: mi querida mamá sale poco de casa, y...

— ¡Oh, pero V. tendrá muchas amigas!

— Hasta hoy sólo una tengo.

— Con ésa vendrá V., pues, al teatro.

— Creo que no: es mi aya.

— ¡Ah, señorita, esa amiga debe ser muy severa!

— Todo lo contrario, caballero: es buena y dulce como un ángel.

Yo, ignorante del trato del mundo, guardé silencio: el Conde, algo embarazado, tampoco sabía qué decir.

El acto empezó, y el Conde se quedó en vez de volver al palco que ocupaba con otros amigos suyos.

Al terminarse un magnífico duo de tiple y tenor, se volvió hácia mí con los ojos húmedos de emoción y me dijo con voz algo conmovida:

— ¡Qué bella es la música! ¿No es cierto, señorita?

— ¡Muy bella! respondí yo participando de su emoción.

— ¡Cuán bien expresa el idioma del amor! prosiguió Rio-Claro. ¡Y cuánto más no dice que la pobre y mísera palabra humana! ¡Estar aquí al lado de V. y oír esta deliciosa melodía, es cosa sin igual en la tierra!

Yo me puse muy encarnada y nada respondí.

¿Qué podía responderle? la emoción que yo misma experimentaba no me dejaba ni la facultad de pensar.

Entraron en nuestro palco algunos otros caballeros, y la conversacion se hizo general.

Un poco ántes de terminarse la representación, se retiró el Conde, y poco despues nosotros tambien.

Mi abuela y su esposo me llevaron hasta casa de mi

padre: Sandoval me dió el brazo para subir la escalera y me preguntó:

—¿Te has divertido, hija mia?

—¡Oh, mucho! respondí yo.

—¿Te ha gustado la ópera?

—¡Muchísimo!

—¿Y el Conde?

Yo quedé cortada y trémula.

—¿Te pregunto, insistió Sandoval, si te ha agradado el Conde?

—Sí, respondí ruborizándome, es muy simpático.

Llegamos, al decir esto, á la puerta de la habitacion que tenía abierta un criado.

Entramos en la de mi aya, que aún se hallaba levantada, y Sandoval dijo con frialdad:

—Señora, aquí está Valeria.

Me besó en la frente y añadió:

—Buenas noches, querida.

Mi aya y yo quedamos solas.

## VI.

### LA VUELTA Á CASA.

Felicia me había esperado, leyendo á la luz de la modesta lámpara de cristal blanco que hasta entónces había alumbrado nuestros bordados y labores nocturnas.

Aquella linda habitacion parecia la mansion del reposo.

—Y bien, mi querida niña, dijo Felicia, ¿se ha divertido usted?

—¡Oh, mucho, mucho! exclamé con entusiasmo.

—¿Le ha agradado la ópera?

—¡Extraordinariamente, y luégo he tenido una ovacion!...

—¿Quién, usted?

—¡Yo, yo misma; doquiera oia alabanzas de mi belleza, de mi gracia: todos me miraban, y en sus semblantes se pintaba la admiracion!

Felicia se sonrió tristemente, y luégo dijo:

—¿De modo que ha obtenido V. un triunfo completo?

—¡Completísimo!

—Sin embargo, querida niña, no debe V. creer más que una mitad de lo que ha oido allí.

Yo miré atónita á mi aya.

—¡Qué dices, aya mia! exclamé. ¿No soy bonita?

—¡Como un ángel!

—¿No estaba elegante?

—Maravillosamente; pero sin embargo, más que bonita y elegante — por mucho que lo sea — es V. otra cosa.

—¡Otra cosa!

—¡Sí, otra cosa!

—¿Y qué es ello?

—¡Rica!

—¿Y qué tiene que ver?...

—Que el ser rica es el mérito mayor del mundo.

—Pero á las señoras, ¿qué les importa que yo sea ri-